

fué el origen de su desgracia, pues á consecuencia de lo mucho que habia sufrido, se vió atacado de una enfermedad mortal que lo pos-tró en el lecho durante largos meses. Sus intereses quedaron abandonados á ajenas manos, y mal administrados ó defraudados vilmente, desaparecieron en breve, dejándolo sumido en la miseria. En aquella situacion, recurrió á la *omnipotencia judía*, al banquero Rostchild, demandándole su amparo para poder regresar á Jerusalem, donde queria terminar sus dias. Despues de multitud de cartas dirigidas al banquero, recibió una órden que este le mandaba para que le fuesen entregados veinte francos en una casa de comercio. Mussa se echó á reir de la dádiva del millonario, y rompió con desprecio la ordencita.

Aconteció, pues, que en esos dias murió la mujer de Mussa arrepentida, é hizo llegar á poder de este una sentida carta en que le pedia perdon por su mala conducta, y las alhajas que se habia llevado consigo. Mussa vendió las alhajas, y con su importe regresó á Jerusalem, donde algunos años despues volvió á casarse y á tener hijos. Actualmente su familia se componia de doce personas, contando sus hijos, su mujer y su suegra; y como el trabajo escaseaba y se ganaba tan poco, Mussa y su familia estaban hambrientos, cubiertos de harapos y viviendo en una pocilga oscura, hedionda y húmeda.

La visita de Mussa tenia, pues, el objeto de pedirme algun socorro para aliviar su miseria.

Movido á compasion por su relato, dí al judío algunas piastras. Mussa recibió mi dádiva con lágrimas en los ojos: se apoderó de mi mano y estaba empeñado en besármela, pero no quise permitirlo de ninguna manera; entonces Mussa sacó del saco una cajita de carton, y de ella un alfiler que me ofreció como regalo. Era el alfiler de plata, y su cabeza estaba formada por un enorme grano de trigo de los que produce la Palestina. Sobre la superficie de este grano estaba escrita, en caracteres hebreos de tamaño microscópico, toda la descripción bíblica de la tierra de Caanan, donde se pondera su fertilidad prodigiosa. Aquel objeto era extremadamente curioso, tanto por

el grosor colosal del grano de trigo, como por lo laborioso y delicado de la escritura que tenia encima.

Devolví el alfiler á Mussa elogiándolo al mismo tiempo, y le supliqué no insistiera en ofrecérmelo, porque me ofendia en ello. El judío tornó á encerrarlo en la cajita y á meterse esta dentro del chaleco de gamuza.

Seguimos todavía conversando durante algunos momentos, y entonces me refirió Mussa que Rostchild habia estado en Jerusalem hacia algunos años, pero que no se habia dado á conocer á sus correligionarios; que algunos de ellos habian sorprendido su secreto, y que el millonario se habia visto obligado á repartir diez mil francos (dos mil pesos) entre los pobres judios de Jerusalem. Como los judíos miserables que habitan Jerusalem no son menos de ocho mil, Mussa no percibió mas que un franco en el dividendo, cuyo franco no le fué de grande utilidad, ni lo sacó de un golpe de su situacion desesperada, como muy bien puede comprenderse.

§ VI

LLANTO DE LOS JUDIOS.

Febrero 16.

Amaneció el viérnes, dia de fiesta religiosa para los judíos, en que se reunen para llorar juntos sobre las ruinas del Templo, evocando los recuerdos de su historia. A las tres de la tarde tiene lugar esta ceremonia, que, por otra parte, se repite á todas horas y todos los dias entre semana, aunque sin ninguna pompa. M. Delestre y yo nos levantamos al rayar el dia llenos de impaciencia porque se llegara el momento de presenciar tan singular é imponente espectáculo.

Entretanto llegaban las tres de la tarde, tratamos de divertirnos visitando la *Casa Nuova* y el convento de San Salvador, y vagando libremente por las calles de la ciudad sin rumbo ni punto fijo.

La *Casa Nuova*, ó sea el hospicio donde son recibidos los peregrinos católicos, es un edificio grandioso donde pueden cómodamente alojarse dos mil personas.

Los frailes han formado por sí mismos el nuevo hospicio. Han sido arquitectos, carpinteros, herreros, pintores de esta construcción, y han dado hartas pruebas en sus obras, de talento y habilidad. Contando con recursos escasos, han hecho un edificio que es un palacio, lleno de luz, de alegría, de elegancia, y sobre todo, de gusto.

Los franciscanos no tienen que sufrir actualmente, de parte de los turcos, las penas que antes sufrían; pero no por esto se crea que llevan una vida de placer. La escasez de recursos los aflige y obliga á soportar que el clero griego se les sobreponga, porque ricos los griegos, tienen dinero de sobra para comprar los firmanes de Constantinopla. Sin embargo, los árabes hacen gran distinción entre los padres griegos y los latinos, prefiriendo á estos en todo caso. Y es porque los latinos tienen el espíritu de caridad más desarrollado que los otros, y dan limosna á los pobres, visitan á las viudas y cuidan de los huérfanos, sin hacer distinción entre infieles ó cristianos. Hay entre los franciscanos un padre y un lego que son médicos, los únicos de la ciudad, que ocupan el día y gran parte de la noche en visitar á los enfermos con el mayor amor y por amor solamente. De suerte que estos dos franciscanos son extraordinariamente queridos y venerados en Jerusalem, así por católicos como por griegos, coptos y mahometanos.

El convento de San Salvador es semejante á una fortaleza antigua: pesado, sombrío y tortuoso. Sus grandísimos patios interiores semejan plazas de armas de feudal castillo. Los frailes viven allí con entera comodidad. Cada uno de ellos tiene un saloncito y un aposento de dormir. Hacen oración, estudian, administran los sacramentos, y dividida de este modo, pasan su existencia tranquila, llena de buenas obras y de contemplaciones del infinito.

Al salir de San Salvador era todavía muy temprano. Entonces re-

cordamos que habíamos ofrecido á los vendedores de objetos devotos del Santo-Sepulcro visitar sus talleres. Hicimoslo así en efecto cumpliendo lo prometido, lo que nos proporcionó la doble ventaja de matar el tiempo y de comprar algunos de esos mismos objetos que destinábamos á nuestros deudos y amigos. Hicimos un buen surtido de rosarios, cruces y medallas, artículos que indispensablemente debe llevar el peregrino á su patria de vuelta de la Tierra-Santa, según la costumbre del tiempo. El valor de estas cosas depende únicamente del que les atribuye la devoción del cristiano, pues como obra de arte no merecen la más pequeña atención. La materia de que están hechas es tomada de algún venerable lugar, como el Monte de los Olivos, el de la Ascensión, la Vía-Dolorosa ó el Mar Muerto, lo que hace que sean vistas con fé y con devoción.

Ya que habíamos dado principio á la obra, quisimos terminarla, y de los talleres de los vendedores pasamos á la iglesia del Santo-Sepulcro, donde fuimos á hacer bendecir nuestros piadosos objetos. Era muy temprano todavía, y la puerta del templo estaba cerrada. Los turcos la cierran por fuera, y los padres cristianos, católicos, griegos, coptos, armenios y abisinios, que están en turno, pasan la noche cautivos. El turco guardian vive cerca, abre á la hora que quiere, y presta la llave cuando está de humor. Nosotros lo mandamos llamar con un muchacho, ofreciéndole un *bakshish*.

Mientras esperábamos la vuelta de nuestro mensajero, nos divertimos mirando á un monge anciano, de larga y venerable barba, y calada capucha, que, asomado por un pequeño postigo abierto en lo alto de la puerta, hacia subir por medio de una cuerda una cesta cargada con provisiones de boca.

Vino el turco muy pronto, atraído por el ofrecimiento de la propina, y nos abrió la puerta pronunciando un discurso que no pudimos entender ni contestar por ser en árabe. Una vez en la iglesia, buscamos á los franciscanos. Encontramos un fraile español y le suplicamos nos bendijese los objetos de que éramos portadores. Se re-

vistió en el acto su ropa de ceremonia y se dirigió con nosotros al templete del Santo-Sepulcro. Llegados á este sitio, depositamos nuestros rosarios, cruces y medallas sobre la losa que cubre la tumba de Cristo, y el sacerdote los roció con agua del hisopo, y los bendijo.

Terminada la bendicion y dadas las gracias al franciscano, salimos de la iglesia, pagamos al guardian su prometido *bakshish*, y nos dirigimos al convento. Allí nos encontramos con el genízaro del cónsul frances, encargado de conducirnos al lugar donde lloran los judíos. Como M. Delestre venia provisto de buenas cartas de recomendacion de M. Rémusat, y las habia presentado ya á su cónsul, este se empeñaba en obsequiar al jóven protegido del ministro de M. Thiers.

Los genízaros de los cónsules europeos en Oriente, llamados *kawas* en árabe, son una especie de empleados de honor que tienen por objeto presidir la marcha de sus amos, abriéndoles paso en medio de la multitud, como los lictores en los tiempos de la antigua Roma marchaban con el propio objeto delante de los altos funcionarios. Los genízaros, pues, son muy respetados en estos países. Agitan en la mano enorme baston con borlas y gigantesco puño de oro ó plata, siendo este el signo de su autoridad; y al mirar aquel baston, la multitud amedrentada se aparta, calla y obedece. Los cónsules ponen gran esmero en vestir con lujo á sus *kawas*, y allí es donde dan á conocer su munificencia y la del país que representan. Los trages son generalmente de paño azul, y se componen de calzon flotante recogido en el tobillo, chaquetilla pequeña y chaleco blanco ó rojo bordado de oro; es una tradicion del traje que usaban los mamelucos.

Precedidos por nuestro *kawas*, salimos del convento poco antes de las tres y nos dirigimos, al través de un bazar y algunas calles pestilentes, á los muros del antiguo Templo. Muy pronto llegamos á nuestro destino. El genízaro hizo sonar su baston de herrada punta contra las piedras del pavimento, levantó la voz pidiendo paso, y la multitud judía que en aquel punto estaba aglomerada, se abrió delante de nosotros para dejarnos seguir adelante.

Hémos en presencia de la muralla salomoniana y en el lugar donde vienen á llorar los hijos de Israel sus desventuras. Es un callejon con una sola entrada, que tiene treinta metros de longitud sobre cuatro de anchura. En cuanto á la reliquia del tiempo de Salomon, es una pared muy alta formada con enormes trozos cuadrangulares de piedra, carcomidos por el tiempo y ennegrecidos por la lluvia. A esta pared llegan los judíos, á ella se pegan, y sobre sus piedras seculares apoyan la frente, la boca y los ojos, y derraman copioso llanto. Es la fiesta celebrada por este pueblo todos los viérnes á las tres de la tarde, á la hora y en el dia mismos en que murió el Salvador.

Los judíos de estos tiempos son mucho mas felices que los de los siglos anteriores. Hoy pueden vivir en Jerusalem; y aunque no les es lícito hollar con su planta el monte Moria, donde se levantó su templo, tienen al menos permiso del turco para llorar arrimados á unas piedras junto al monte. Los emperadores romanos les prohibieron aun mirar de lejos su ciudad santa, y los musulimes conquistadores los arrojaron tambien de Jerusalem.

Espectáculo imponente, conmovedor, se presentó en aquel momento á mis ojos.

Estaba delante de nosotros multitud de hombres, provenientes todos de remotísimas tierras, que llegan anhelantes á esta ciudad, llamándola su patria, y á este lugar miserable, llamándolo el único resto de su Templo. El color de su tez y sus cabellos tiene los matices que dan todos los climas.

Aquí está el ruso, blanco como el alabastro; el sonrosado y rubio alemán de ojos azules; el taciturno inglés de rostro pálido; el rubicundo frances de centelleante mirada; el moreno español ardiendo con el fuego de las razas meridionales; y el italiano sentimental llevando en sus ojos la meditacion de las armonías que eternamente escucha. Los tudescos, sobre todo, se distinguen de los otros por la singularidad de su traje: llevan grandes botas hasta la mitad de la pierna; pantalon corto hasta la rodilla; larguísimo chaqueton que les baja hasta el

tobillo, adornado en sus bordes con pieles; portan en la cabeza sombrero negro, alto, puntiagudo y de ala estrecha; y por debajo del sombrero, hácia ambos lados de las sienes, cuelgan largos bucles de cabellos rizados en forma de tirabuzon, que les caen hasta el cuello.

No obstante, al través de tanta diversidad en los colores del cutis, de los ojos y del cabello, y al través de trages tan diferentes, se nota en los israelitas un mismo tipo, un mismo carácter fisionómico, una expresion idéntica en sus rostros meditados y fieros. Los ojos, sobre todo, negros, garzos ó azules, tienen un parecido extraño, cierta belleza singular que revela un origen comun de raza. Los judíos, en efecto, no han perdido su tipo desde los tiempos bíblicos hasta nosotros; pues ellos permanecieron en la antigüedad, por mandato de Dios, fuera del comercio de los pueblos, y hoy se niegan también á mezclarse con las gentes, por la ciega obstinacion de su pecado. Así es que puede asegurarse, al ver á los israelitas de ahora, que se conoce cuál fué el tipo de los hombres primitivos, el de los patriarcas y el de los compatriotas de Jesús; solo que los diversos climas por donde este pueblo desgraciado anda disperso, han modificado en algo las partes menos integrantes de su figura.

Las judías son hermosísimas, y se distinguen entre las demas mujeres, particularmente por la riqueza de su pelo y la ternura y amor de su mirada.

Miraba aquel cuadro, y me sentia profundamente conmovido al pensar que todos los individuos que lo formaban estaban tocados de ceguera por la mano del Altísimo, en castigo del deicidio cometido por sus padres, y de la contumacia insensata en ese mismo delito en que ellos viven. Los judíos que tenia á la vista estaban macilentos, sucios y cubiertos de harapos.

Muchos se encontraban sentados junto á la muralla, teniendo en las manos un libro. Leyendo este libro, cantaban con voz monótona y temblorosa, agitando pausadamente la cabeza y entrecerrando los ojos, como es costumbre cantar entre orientales. De tiempo en tiempo

se ponian en pié los circunstantes, y levantando el semblante hácia el cielo y alzando las manos en ademán de súplica, gritaban hombres, mujeres y niños con acento dolorido y desgarrador:—Jerusalen! Jerusalen! Jerusalen! (*El-Kuds*, la santa.)

El rabino entonces, tomando la voz, pronunciaba ciertas palabras á las cuales contestaban todos en coro. Puedo trascribir aquí esta plegaria en comun, pues el hermano Lavinio tuvo el talento de consignarla en su guía, y de allí la traduzco textualmente.

Comienza *el rabino*:—A causa del palacio que está devastado.

Responde *el pueblo*:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa del Templo destruido.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de los muros que han sido derribados.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de nuestra majestad que ha pasado.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de nuestros grandes hombres que han perecido.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de las piedras preciosas que han sido quemadas.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de nuestros sacerdotes que han sido precipitados desde lo alto.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

El rabino:—A causa de nuestros reyes despreciados.

El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

A continuacion de este canto viene el siguiente:

El rabino:—Nosotros os lo suplicamos, tened piedad de Sion!

El pueblo:—Redimid á los hijos de Jerusalen!